

Sobre el fondo azulado de los montes, las ramas de los almendros trazan la atareada geometría de una tela de araña, sutil y espumosa. El cielo azul y el aire frío; una blanca capa de pétalos está al pie del árbol, confundida con la tierra roja. Unas tuneras verdes; unos tejados rojos.

Azul, blanco, verde, rojo: estos son los colores que el invierno pone en las tierras de medianías de la isla. La floración del almendro, ese breve estallido del blanco, ocurre aquí precozmente: parece como si la primavera la enviara por delante para dejar sobre la tierra del invierno una alfombra que propicie su llegada. El pueblo donde florece el almendro se apropia de ese influjo de una estación más cálida: por las manos que palpan las guitarras de la fiesta corre como un vino generoso, brillante, hecho de alegría, de fe.

El almendro es el símbolo de lo fugaz; pero asimismo lo es de lo imperecedero de la belleza. Un gran poeta canario, Nicolás



ALMENDROS EN FLOR

Estévez, exilado en París, celebró el almendro en uno de sus más sentidos poemas: el árbol asumió para él la representación del hogar lejano, de la paz perdida. Agobiado por la lucha diaria que significaba su existencia, sólo anhelaba encontrarse en su patria chica, y descansar, a la sombra de un almendro.

Otro gran escritor español, Miguel de Unamuno, conoció ese poema, y dijo más o menos: "Desgraciado del que tenga por patria a un almendro. Sus ramas le servirán sólo para colgarse de ellas". Años después, Unamuno rectificaría esa frase, reconociendo la razón de Estévez, y añorando, él también, la existencia de una patria y de un almendro cuya belleza pudiera contemplar con sosiego.

Ahora que florece el almendro en la isla como una nevada que se hubiera quedado suspendida en el aire, es la ocasión para recordar aquél poema. Quizás muchos sintamos que en él se tiene a una patria.



CANARIAS (fragmentos) ¹

La patria es una peña,
la patria es una roca,
la patria es una fuente,
la patria es una senda y una choza.

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa;
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

A veces por el mundo
con mi dolor a solas
recuerdo de mi patria
las rosadas, espléndidas auroras.

A veces con delicia
mi corazón evoca
mi almendro de la infancia,
de mi patria las peñas y las rocas.

Y olvido muchas veces
del mundo las zozobras,
pensando de las islas
en los montes, las playas y las olas.

A mí no me entusiasman
ridículas utopías
ni hazañas infecundas
de la razón afrenta, y de la Historia.

Ni en los Estados pienso
que duran breves horas,
cual duran en la vida
de los mortales las mezquinas obras.

A mí no me conmueven
inútiles memorias
de pueblos que pasaron
en épocas sangrientas y remotas.

La sangre de mis venas,
a mí no se me importa
que venga del Egipto
o de las razas célticas y godas.

Mi espíritu es isleño
como las patrias rocas
y vivirá cual ellas
hasta que el mar inunde aquellas costas.

La patria es una fuente,
la patria es una roca,
la patria es una cumbre,
la patria es una senda y una choza.

La patria es el espíritu,
la patria es la memoria,
la patria es una cuna,
la patria es una ermita y una fosa.

Mi espíritu es isleño
como las patrias costas
donde la mar se estrella
en espumas rompiéndose y en notas.

Mi patria es una isla,
mi patria es una roca,
mi espíritu es isleño
como los riscos donde vi la aurora.

Nicolás Estévez

